

BUSCANDO EL CAMINO

POR LA RUTA DE LOS MAESTROS

Se está cumpliendo la profecía. A la etapa de egoísmo, de irreligiosidad y lujuria ha sucedido la de incendio y matanza. Asistimos en el desplome del universo; nos enfrentamos a los hechos claros y despiadados que nos demuestran la impotencia del conocimiento y la traición moral de la ciencia. Y ante la destrucción general, siguiendo hábitos milenarios, nos aprestamos para contribuir con nuestra parte al incremento de los escombros sobre la tierra; reunir las cosas que nos parecían útiles y bellas, conocimientos acumulados durante siglos; inventos, artes y artilugios, legislaciones, ventajas geográficas, étnicas y económicas, reglas y normas morales, para pegarles fuego.

Pero hay una parte de la humanidad que aun reconoce el deber de salvar lo que pueda de la catástrofe. A tientas y mal parados por la brusquedad de los acontecimientos se buscan remedios, indicios, principios, algo que ayude al propósito de saber lo que mañana estará vivo o muerto, lo que es hoy útil o inútil, trascendental o transitorio. Para ayudar a esta ardua tarea, el arte, y sólo el arte, puede guiar nuestros pasos. Los grandes artistas rebeldes nos muestran un seguro camino, ya marcado en la Historia del Arte, por los artistas que en los grandes períodos de crisis aparecen iluminando la verdad con su rebeldía.

FELIPE COSSÍO DEL POMAR

“La rebelión de los pintores”

América estaba escribiendo entonces uno de los capítulos más sugestivos de su historia liberadora. Al calor de los

ideales que venían del otro lado del mar, de la Europa milenaria, el viejo continente martirizado, en suelo de porvenir, en la tierra prometida los hombres estaban buscando su propia expresión, trazando la ruta del futuro. Por el lado del norte se iba dibujando la firme voluntad de Waldo Frank y de Upton Sinclair, fieles herederos de otros próceres que fueron Waldo Emerson, Thoreau y Walt Whitman, que habían recibido a su vez, en la palabra, la bondad divinizada y humana de Abraham Lincoln. Más acá, al lado caliente de la tierra sin fronteras, estaba México, envuelto en llamas de revolución para sacudir el yugo del caudillismo, del colonialismo y despotismo que agonizaba en los regímenes instaurados sucesivamente en aquel país desde Hernán Cortés.

Jaime Torres Bodet, Gregorio López y Fuentes, Alfonso Caso, Alfonso Reyes, todos ellos hijos de la tradición que surgiera de Mariano Azuela y Luis Martín Guzmán, encendían el alma de su pueblo que ardía como pavesa a través de América toda, iluminando con los ideales de Ricardo y Enrique Flores Magón, de Práxedes Guerrero y Emiliano Zapata los cielos oscurecidos con la derrota y ejecución posterior del cura Hidalgo, que enseñara a los hombres para qué sirven los pantalones. Cuando recordamos cómo se improvisaron y de qué materiales los cañones que iban a barrer al enemigo, pero que el destino hizo explotar, provocando así la derrota de una victoria conquistada sin combate, experimentamos la sensación del poder que recubre la voluntad del hombre cuando se propone recuperar la libertad, causa para la cual en todos los lugares de la tierra y en todos los regímenes hay soldados dispuestos al sacrificio.

Más acá, en dirección a la Atlántida, hacia donde sale el sol, eran Benjamín Carrión hombre de liturgia que santifica a poetas irreligiosos y quema inciensos al venerable Atahualpa, con recuerdos del Cuzco inmortal en su arqui-

tectura y estructura pétreas enclavada en soleras que parecen solanas donde se cultiva el maíz, el frijol y el tomate por dulce mano indígena. Y eran Germán Arciniegas y Eliazar Gaitán hombres de la mesa redonda que muy seriamente hablaban de cosas formales cual si fueran ancianos, como los doce apóstoles o los siete sabios de Grecia. Y era Hernán Robledo que en la terminación de la cordillera andina, allí donde muere el suelo rocoso que agachó la cabeza para beber en el Caribe, hizo estremecer con su voz a Nicaragua. Esta era entonces la América de que doy fe.

La formación artística de Cossío del Pomar encuéntrase en las postrimerías del centenario de Ayacucho. Integrante del estudiantado de San Marcos que en aquella oportunidad libraba una batalla como en otras lo hizo el de otras universidades sudamericanas, la juventud peruana de aquel entonces dibujaba su ideal. Discípulos directos e indirectos de González Prada, asociaban su clamor al de hombres que en diversos países del continente creían en la posibilidad de imponer una reforma universitaria, libre de la influencia estatal y al margen del poder religioso.

Las figuras más representativas de aquel período que ejercían poder moral en la centenaria universidad limeña, eran Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Luis Heysen, José Seoane y Cossío del Pomar. A ese conjunto de voluntades había que agregar a Abraham Valdelomar, Xavier Abril, Hernán Bellido, Antonio Garland, Federico Moore, Pablo Abril de Vivero, Alberto Moore Sotomayor, si bien el orden cronológico no guarda estrecha relación de edad ni de fechas en que se encontraban su promoción de estudios. Varios otros han sentado grato recuerdo como integrantes de aquella generación, parte de los cuales dejaron huellas profundas en el pensamiento social, político, económico y artístico del Perú.

Cossío del Pomar, que luego había de trasladarse a Eu-

ropa para perfeccionar sus estudios en el Viejo Mundo, tomó contacto con los hombres ya formados que animaban las esperanzas del resurgimiento espiritual americano. Corresponde recordar que la política norteamericana de avance sobre el continente latino encontró base en pleno desarrollo. Después de Cuba, apareció Filipinas en el horizonte de los problemas afectivos al sentimiento de los hombres del sur. De aquí se recordaba la baja California y la intervención, con desembarco de tropas de marinería en Nicaragua y la posesión por derecho de conquista con sus dólares en la zona del Canal de Panamá, que hería sin sangre y con ella el orgullo de dos generaciones.

Franz Tamayo, Alfredo L. Palacios, Aníbal Ponce, José Enrique Rodó, Gabriel del Mazo, José Vasconcellos, Emilio Frugoni eran los hombres que, de un extremo a otro de la cordillera y el mar, alentaban este movimiento del estudiante latinoamericano con el que mantenían contacto estrecho desde la cátedra en su condición profesional. A las indicadas figuras de tal relieve, se sumaban otras de no igual jerarquía continental, que han ejercido no obstante una significativa influencia en el curso de los acontecimientos posteriores, algunos de los cuales, con el correr de los años, culminaron con la Universidad Nacional Autónoma de México, sin ingerencia oficial en los estudios que aquellos emergentes de su propia función y la Casa de la Cultura Ecuatoriana; dos instituciones modelo en su género que dignifican el grado de liberalidad de América.

Las fiestas de Ayacucho marcaron la línea que divide el valor de la libertad. El que entonces detentaba el poder en el Perú era Augusto P. Leguía, persona que la historia colocó en su lugar, lo mismo que al sucesor Sánchez Cerro, ambos de triste memoria. El dictador pretendió imprimir a esa celebración un fausto y artificioso acontecimiento no común a estos pueblos. Acostumbrado a manejar el poder discrecionalmente, trató de alquilar con engaños la voluntad del poe-

ta hindú Rabindranath Tagore y otros de menor jerarquía intelectual. Los hombres libres del Perú y con ellos Haya de la Torre, han experimentado un latigazo en el rostro al saber cómo la dictadura y sus instrumentos arrastraban desde la India a un poeta ilustre para que cantara la gesta heroica de Ayacucho, en tanto las cárceles peruanas estaban abarrotadas de personas detenidas y procesadas como enemigos del régimen.

Como resultado de esa efervescencia Haya de la Torre tuvo que abandonar el Perú. Sabiendo que Rabindranath Tagore iba a pasar por París, para entrevistarse con Romain Rolland, amigo de los "hombres de buena voluntad", Haya de la Torre se apresuró a imponer al escritor francés de la verdadera tragedia peruana. Fue así como se puso en claro el engaño de que fue víctima el poeta. El hombre llegó no obstante a Buenos Aires, ciudad de menor ascendiente americano, y de aquí regresó a su país, no sin antes haber sido objeto de las consideraciones a que era acreedor una de las figuras artísticas, un artífice de la palabra hablada, como lo fue tan grandé maestro y pensador.

Solamente José Santos Chocano, que luego tuvo un fin trágico, se prestó al juego del dictador. El hombre que ocupara tan merecido sitio en el panorama poético de nuestra lengua, cuya obra por años ha de tomarse como documento para el estudio de las nuevas generaciones literarias, flaqueó a los ojos impávidos de aquella juventud que esperaba la palabra cálida, el aliento vivificante, la fuerza creadora que elevara el espíritu adormecido del continente. La derrota de Santos Chocano ha sido similar a la de Leopoldo Lugones. El poeta argentino que diera una obra meritísima en punto a identificarse con las figuras de mayor relieve artístico hasta del anarquismo, terminó por suicidarse cuando "ha llegado la hora de la espada", la hora de la ignominia que desde aquel entonces ha ensombrecido la dignidad nacional y puso luto en la hidalguía y liberalidad de la República.

Cuando este racimo de acontecimientos se sucedían, precipitándose unos a otros en el intervalo de pocos años, Cossío del Pomar se encontraba en Francia primero y Bélgica más luego. Allí, alternando con sus artistas y pintores, modelaba su espíritu hogareño, porque para él América es un hogar. Ha tratado a tantos hombres y de tantos continentes, que le hicieron universal. Enfrascado en la interpretación de la obra que atesoran los viejos museos europeos, embebiéndose con la profusión de gamas y colores, de dibujo, figura y plasticidad, el mundo resultaba pequeñito y las luchas de los hombres por cuestiones de interpretación no pasaban de lo irrisorio y lastimoso. El arte no tiene enemigos bajo ningún sol. Obediente al menor número de leyes, de reglas y no reglamentos, habla un solo lenguaje: el de la belleza. Por él el hombre se humaniza, fraterniza y libera.

No obstante, las noticias del Perú que recibía de su casa solariega y que con los respectivos colores y detalles completaba Haya de la Torre, fueron haciéndose en él carne y espíritu. Por lo pronto, han tenido la virtud de crear entre ambos una amistad de muchos años, extensiva, por las mismas razones y circunstancias, a Luis Alberto Sánchez, cuyo exilio transcurrió en Chile, al igual que el de Andrés Bello y el de Domingo Faustino Sarmiento. Los tres hombres, hace tiempo sexagenarios, permanecen fieles a sus principios de la juventud, con las alteraciones naturales de la edad, dignidad y gobierno que van modelando y perfeccionando lo que forzosamente debe hacer arte de cada espíritu. Es claro que la interpretación actual de los pactos Kellog y Knox-Castillo es distinta a la que se aplicaba hace seis lustros, no obstante que las condiciones físicas y geográficas conservan igual contenido de injusticias y su razón jurídica es de tal modo reprobable en todo tiempo y lugar. Pero desde entonces, los años han pasado asimismo sobre la cabeza rampante del beneficiado y del perjudicado. Por obra de lógica, se ha reconocido que el aprovechamiento desmedido de la debili-

dad de un individuo o de un pueblo no puede constituirse en medio de explotación a perpetuidad. Porque el mal que hacemos al peor enemigo a la larga terminará por enlodarnos.

A la política norteamericana, conocida como doctrina de Monroe sucedió la denominada buena vecindad. De igual suerte, la doctrina de Grompers se diluyó en un "cordialísimo" abrazo de paz con el comunismo. En un estudio que Cossío del Pomar consagró íntegramente a Haya de la Torre (1) analiza con profusión de detalles las alternativas que ha seguido la república del norte en trato con las naciones del centro y sudamérica.

El curso de los acontecimientos ha servido para Cossío del Pomar como estimulante para tomar una posición frente a la prepotencia de los poderosos. Desde Europa, en la que ya era un expatriado por sus opiniones acerca de la conducta abominable de Leguía, del cruel Sánchez Cerro y de Benavidez en su turno, fue cultivándose interiormente, asistiendo a los museos, universidades, relacionándose con las figuras más representativas del ambiente social, político y espiritual del mundo que allí acudía a llevar o recoger el mensaje de los hombres libres.

Allí se identificó con el pensamiento de Manuel Ugarte, refugiado voluntario luego de una campaña americanista de muchos años, de la que eran campeones entonces José Ingenieros y Alfredo L. Palacios. Se ha convertido de ese modo en un internacionalista por convicción, tanto más que los años posteriores, y por la misma causa, habían de radicarlo en México y frecuentemente en Cuba. No obstante, los acontecimientos americanos le han arrebatado y como un llamado telúrico, siempre ha respondido a su clamor y puso, sobre las heridas continentales, los mejores bálsamos. Su palabra ha estado presta a protestar contra cualquier atropello, pero

(1) HAYA DE LA TORRE - *El Indoamericano* - Ercilla - Santiago.

cuando de América se trataba adquiría preeminencia que el correr de los años testimoniarían con su pintura y la consagración de varios estudios únicos sobre el arte del Perú desde los tiempos del imperio hasta nuestros días.

Cossío del Pomar ha seguido las huellas del pensamiento de América a través de la juventud revolucionaria que desde las universidades, de las fábricas y de los talleres alzaron su voz contra la tiranía interna y externa y que en los últimos años se ofrendó como víctima propiciatoria para satisfacción del moloch autoritario. A Cossío del Pomar le son comunes los ideales tanto de José Enrique Varona, como de Baldomero Sanin Cano, de Rómulo Gallegos, de Joaquín García Monge como de Alfonso Reyes. Ha tomado a estos hombres como modelo para su formación social. Al lado de Mariano Moreno, el alma de la revolución de independencia argentina, situó el lábaro perenne de José Martí, el tierno poeta cubano que legalizó con su presencia en la tierra las más deschabeadas utopías. Sólo triunfan las causas nobles y el ejemplo se evidencia en la ferocidad del tétrico Gerardo Machado al aniquilar al joven José Antonio Mella que culminó en el derrumbe de la dictadura para convertir a Fulgencio Batista en héroe de circunstancias. La tragedia del destino quiso que la soberbia del ídolo le inyectara la misma ponzoña y le convirtiera en déspota y que un grupo de estudiantes persistiera en una lucha sin objetivos aparentes ni perspectivas de salir victoriosos en la empresa, y al cabo de dos años provocaran el derrumbe fulminante del régimen y la huida del opresor que pasó a integrar el club de piratas del Caribe. Bajo este signo fatídico surge por turno la figura de Fidei como detentador del poder en la perla de las antillas.

CON LOS BUSCADORES DEL CAMINO

El pensamiento europeo expresado entre las dos guerras más espantosas que haya registrado el género humano, que-

dará como el ejemplo de la bondad, de la voluntad, de la fraternidad. Los hombres que lograron regresar de las trincheras, formáronse el juramento de no combatir jamás con las armas. La filosofía belicista encarnada por los junkers y tradicionalistas franceses, fuera desplazada de la mentalidad de la nueva Europa. Cossío del Pomar estaba en el centro propiamente dicho de esta corriente espiritual que tenía por animadores a Romain Rolland, George Fr. Nicolai. Henri Barbusse, Erich María Remarque, Stefan y Arnald Zweig, Anatole France, Mahatma Gandhi, Pablo Picasso, Miguel de Unamuno, Guillermo Ferrero, Juan Papini, Antonio Bourdelle y medio centenar más. En el Perú, amigos como Luis E. Valcárcel, Antenor Orrego, Alcides Spelucín y Juan Carlos Mariátegui, alrededor de la revista "Amauta" estaban fortificando los débiles cimientos aun del nuevo pensamiento, se identifican con los problemas espirituales de aquella Europa hecha pedazos. Doloridos, por que el duelo era común a los pueblos todos de los cinco continentes, Cossío del Pomar determinó que la mejor manera de convencer y convenirse estaba en incrustarse en el alma de aquel período histórico. Y no perdió ocasión para hacer suyos los ideales de aquellos hombres que asistían al nacimiento, a la formación de la nueva conciencia. Por ello se entrevistó con las mentalidades más preclaras de aquel período y los relatos con algunos de los entrevistados los recogió en su libro "Con los buscadores del camino" (2), resumen de su anhelo libertario, de su veneración a los grandes espíritus.

Entre otros, Cossío del Pomar mantuvo una muy ilustrativa entrevista con Gandhi, el último de los profetas que había nacido en la Ciudad Blanca, a orillas del mar de Omán y después de hacer temblar al poderoso imperio británico fue ultimado a balazos por un irresponsable. Buscando la libertad, Cossío del Pomar quiere quemar sus ojos con el fuego

(2) *Con los buscadores del camino* - Zeus - Madrid.

de aquella alma que después de Tolstoi iluminara el siglo con luces que desde entonces se habían apagado. Fue así que en uno de sus viajes para hablar con los hombres del Palacio de Saint James, Cossío del Pomar lo abordó en Lausana. “Durante mi vida he tenido ocasión de dominar mi curiosidad impaciente delante de muchas puertas cerradas, esperando ver y oír, unas veces a falsos y otras a auténticos personajes que se encerraban tras ellas. Con serenidad democrática me he sentado ante la figura preocupada de Woodrow Wilson; como un turista entretenido, he analizado, tocando casi la barriga cinchada de hebillas de oro, al tirano Gómez de Caracas; como un colegial petulante he oído la osquedad agresiva del malhumorado Klipping. Confieso que nunca sentí la viva inquietud que me inspiraba la idea de encontrarme frente a frente a esta gran alma, encarnación de todo lo que es amor y bondad en la Humanidad... el jefe del movimiento libertario más grande que ha contemplado el mundo desde el advenimiento de Jesús de Galilea”.

El mahatma le recomienda que “hay que creer en los hombres” y Cossío del Pomar se determina a escuchar la palabra de Romain Rolland, el modelador de las monumentales biografías que conocemos de Miguel Angel, Beethoven, Gluk y Tolstoi, y de Europa liberada. Y el arquitecto espiritual de la nueva Europa que trataba de encontrarse, de reconcentrarse para articular la solución a sus problemas, es ancho en el pensamiento y cordial en el sentimiento. Cossío del Pomar recoge de sus labios la palabra liberadora que, como Eugen Relgis, heredero intelectual de aquel gran europeo, le determinaría a aprovechar las “riquezas legadas por la civilización” incaica, entrando en su alma que es la mejor manera de entenderla. Romain Rolland le estimula a esa determinación, tan luego en un momento propicio en el que hay que luchar “contra todas las dominaciones”, sirviéndonos de la fe. Hay que sacudir el yugo. Dejar de ser esclavos de los muertos, olvidar errores pasados y los odios presentes... Vivir la

vida. ¡Con la vida, vivir siempre la verdad!”. De tal maestro, el propio Cossío dirá cómo estamos aquilatando “la fuerza de sus ideas”. Analizando serenamente, sin pasiones, su obra, plena de humana bondad, llena de fe, desde “sus primeros artículos hasta aquel que dejara truncado en su última hora”, le da un lugar entre los más grandes pensadores de la humanidad.

Siguiendo la ruta de los maestros, Cossío del Pomar recoge la palabra de Miguel de Unamuno, el gran contradictor de sí mismo. Espíritu rebelde, indomable a toda imposición, que aplicó a sus enemigos políticos los dieterios más corrosivos, ocupó en su momento un lugar de significación en el concierto europeo. Después de Ramón y Cajal, espíritu sereno y absoluto en sus juicios llenos de sabiduría, Unamuno y Ortega y Gasset representaron en su generación clamor de España en el tribunal de esta mitad del siglo. El hombre que inflexiblemente sustentara opiniones tan terminantes en un momento para recorrer cárceles y destierros como caso igual no tiene parangón, con igual aplomo enjuicia su propio pensamiento. Ortega ha expuesto la España invertebrada, desarticulada a la faz de Europa. Lo que para Unamuno podría ser una cuestión interna de orden familiar, el mencionado pensador lo interpretó como fenómeno social que, en su conjunto, informaba del traumatismo europeo. Ortega y Gasset analizó los fenómenos sociales ibéricos y aun universales, pues que hasta mismo abarcó el arte, a cuya deshumanización consagró un estudio ya de ascendiente pedagógico.

Para Cossío del Pomar, que en el propio corazón de Europa tuvo la fortuna de absorber hasta en sus detalles más íntimos cuanto del pasado y del presente la civilización llevara en cultura hacia allí, se inclinó desde entonces más hacia los estudios pictóricos en su faz histórica y representativa. Atesorando cuanto Ernesto Renán diera en pensamiento de tan elevado contenido e Hipólito Taine en sus estudios sobre el arte, nuestro hombre se decide por el camino de más

bello paisaje, de horizontes que puedan sujetarse, aprisionarse. El pensamiento no soporta barrotes. Es de uno cuando el hombre puede darle algo, aportar algo a su cultivo en contenido de permanente elevación. Ya sea en arte o cualquiera otra disciplina que exija materiales ideológicos abstractos, jamás el hombre alcanzará a plantar su bandera como palabra definitiva. En cambio, el artista puede crear un mundo propio de imágenes, hacerlas mover y hablar a placer cual esclavos voluntarios. Esa particularidad es una ventaja intelectual sobre otras especialidades intelectuales. El ingeniero, el novelista, el arquitecto y el pintor o escultor, pueden presentar sus figuras con la perfección estética que no alcanzó la naturaleza. El milagro del arte radica ahí; en hacernos más útiles y bellamente perfectos. En crearnos con bondad, en ungirnos, poéticamente hablando, con la expresión que los dioses quisieran para los mortales si de ello fueran capaces.

Y Cossío del Pomar entabla diálogo con Claude Farrere para seguir luego con Antonio Bourdelle, el preclaro discípulo de Rodín. Hablan de Francia dolorida, centro de una Europa que hierve en procura de la revolución esperada. Los hombres de la generación anterior ya no pesaban en el haber nacional y su palabra como gobierno apenas era escuchada. La guerra terminada en 1918 había sido la peor derrota de Francia y sus aliados porque, cuando se encontró con la victoria, recién se dieron cuenta que el vencido no tenía cómo pagar las reparaciones. Y de hecho no las pagó. Rumbeando hacia el taller de Bourdelle, qué de ideas y sugerencias no aparecen de pronto como original descubrimiento. Con este maestro se habla de Miguel Angel, el coloso florentino; de Meunier, de Mastrowich y de Rodín. De lo monumental en la pintura y la escultura, sin olvidar a los "griegos arcaicos" que como tales han recorrido los siglos y todavía examinan a los maestros, a los estilos modernos y a las escuelas.

Hablar con Bourdelle, equivale a establecer mesa redonda con Beethoven, con Leonardo y con Rodín. Hombre de

vastos recursos artísticos e intelectuales, atravesó por los momentos más críticos que la existencia puede deparar a un alma inquieta. Y merced al atesoramiento de tan firme voluntad y de tan bien templado espíritu, le vemos dando los últimos retoques al retrato de Anatole France, otra de las fortunas literarias que la cultura francesa legó a la humanidad. Y la palabra de Bourdelle es flúida y anecdótica, vivaz y enriquecida por ese tesoro que sólo el cultivo de las artes otorga a los privilegiados, a los distinguidos por los dioses.

También Picasso, el asombro que se convirtió en genio, "el gran revolucionario del arte contemporáneo", como le denomina Cossío del Pomar, asume la responsabilidad del siglo. A esta figura tan discutida y casi unánimemente aceptada, se acerca Cossío del Pomar en procura del "ritmo misterioso" traducido en belleza que anima al artista. Las ideas más lógicas entran en juego, lo mismo que el arte puro, que termina por constituir una negación que "caracteriza la decadencia de un sistema entero de relaciones sociales". Por puritanos bajo este aspecto, dice Cossío del Pomar que "los impresionistas fracasaron como artistas, aunque triunfaron como pintores. Su teoría sobre la luz, convertida en personaje principal de un cuadro, tenía que llevarlos a ese fin". El deber del arte "es representar la verdad de la época en íntima relación con su vida y sus problemas todos. Y si esta época no estuviera a la altura del idealismo preconizado, ayudarla en sus necesidades. El arte debe bajarse materialmente hasta el nivel en que vive la sociedad, ponerse en el mismo ritmo para ayudar a su relevamiento. El arte por el arte, desprovisto de contenido biológico, no tiene razón de ser. El factor estético desempeñando el papel de simple creador de emociones puede ser útil a los demás sólo en condiciones normales y favorables".

Pero aquí encontramos la otra razón que no aceptaría las especulaciones picassianas, pues su arte raras veces expone un proceso determinante en este sentido. Sea cualquiera

la razón, la verdad es que el poeta nació para hacer poesía y el pintor para hacer arte. Si uno y otro cumplen su cometido, la humanidad se da por satisfecha. "Los críticos, los matemáticos, los científicos y, por último, los entrometidos, quieren clasificar todo, marcándoles fines y límites, haciendo prevalecer una cosa u otra cuando, en realidad, los enunciados pueden existir conjuntamente. En arte caben todas las posibilidades", termina Cossío y de ahí que al margen de los impresionistas y los iluministas, haya aparecido también, en el movimiento de renovación un núcleo de futuristas y vanguardistas, todos ellos buscando la manera de expresarse artísticamente, de un modo distinto al que hicieron sus maestros. Negar en absoluto las condiciones estéticas de una obra determinada porque rompa el equilibrio, el cartabón común, representa un grave riesgo susceptible de equívoco. Para juzgar una obra y descubrir sus cualidades es preciso tener el espíritu cultivado en tal disciplina y el ánimo propenso a la mejor voluntad.

Frente a este panorama de ideas estéticas es preciso dejar constancia que Marinetti sabía hacer romances a la manera clásica, y de igual modo, Picasso sabía pintar con el mejor de los estilos corrientes. ¡Y qué fuerza y movimiento tienen sus dibujos! ¡Qué fluidez cuando se lo propone! Tal poder de seriedad y responsabilidad insufla a su pintura que es capaz de derribar aconeguas! De ello ofrece testimonio la obra anterior a la aparición de Picasso, cuando era simplemente Pablo Picasso. Pero, hombre de vigoroso poder intelectual, tenía que crear su obra eterna, la que lo remachara a la historia de su tiempo. Y fue así que se dio a la faena de lanzarse a una ciclópea y originalísima por lo desconcertante, sin trabazón, ausente de armonías al efecto del ojo profano, asombrosamente deforme y quebradiza.

Crear su obra futura, aprisionada en arabescos, jeroglíficos, figuras geométricas y desarmonizaciones, excéntricas e incomprensibles. La persistencia de este pintor, de esta ima-

gen que por equivocación los dioses plantaron en la tierra, le llevó al triunfo y a la gloria. El tuvo, no solamente que convencerse a sí mismo, convencer a sus figuras, sino convencer al público que contemplaba, asombrosamente despavorido, si dentro de la imaginación del autor había algo parecido a materia gris o si algún producto bioquímico de tipo y origen frankensteiniano. Venció por cansancio, porque la mentalidad humana no estaba predispuesta a recibir chaparrón tan personal, tan luego en motivos de arte. La resistencia ha debido ceder a medida que Picasso insistía, como si tuviera razón. Su obra era vista y observada desde todos los ángulos por los públicos más ignaros y entendidos de los cuatro costados del mundo. La audacia no tenía límites. Picasso reformaba formas, ordenaba caprichosamente ángulos, despedazaba la figura humana para convertirla en fanteche sin cerebro. Respondiendo al imperativo de su capricho, creaba su propio estilo. Así terminó por ser el propio Picasso que conocemos. Es una persona distinta a las demás, incluso en sus padecimientos físicos y debilidades anímicas. Pero ya no es andaluz, ni parisien, ni español, sino el primer ciudadano integrante de la república de un mundo nuevo creado por su arte. Como Einstein, Chaplin, Gandhi, Picasso como Walt Disney son universales en ese sentimiento del universo artístico sólo concebido en la fantasía de poetas, dibujantes y pintores.

Marinetti comenzó con sus fuelles y cascabeles. Una ensordecedora pitotécnica y multisonante de pitazos con siseos y otras emisiones guturales propias de bípedo alambicado. Pero abrió el camino a una nueva forma poética. Y esa forma nos identificó al extremo de darnos, con el curso de los años, un César Vallejos, que redime la historia peruana por haberla concebido y planteado en su tierra para algo. Vallejos hizo equilibrio de todos los experimentos, pero dejó en el verso moderno, en el ambiente poético de nuestros días una emoción grata que enternece por su arquitectura o melodía.

Y de igual modo que Rubén Darío ocupara el lugar de su

tiempo, ese espacio, en su lugar y medida lo llenó después César Vallejo. Picasso llegó a acaparar todas las atenciones y miradas porque él no tiene antecedentes directos. El ha sido sin embargo, discípulo de sí mismo. Y dio al siglo las inquietudes intelectuales que en otros órdenes ocuparon la aviación, la industria de los plásticos, el radar, la astronáutica con sus portentosos progresos que culminaron con llevar el mensaje del hombre, de la mano, del cerebro hasta la luna. Picasso dio elementos a la arquitectura moderna en contenido estético y matemático para la solución de sus problemas para no interrumpir la evolución humana de nuestros días. El edificio de las Naciones Unidas al extremo del Partenón, trae a Fídias a presencia nuestra para observar el milagroso espectáculo que el progreso separó por veinticinco siglos.

La originalidad y el genio propiamente dicho, son dones con que la fortuna, o el acierto algunas veces, distinguen a muy pocos mortales. De ahí que en el conjunto, entre los ocho mil millones de habitantes que poblamos el globo, no espere-mos que cada individuo descuelle en su quehacer diario. Con que cada uno cumpla con la posteridad, dejando algo de su paso por la tierra, podemos sentirnos orgullosos de nuestra condición biológica. Lo fundamental es que el pedagogo, químico, albañil, médico, carpintero, físico, curtidor o en cualquiera otra actividad en que se especialice, trate los materiales que maneja con espíritu de artífice. Y que a esa artesanía de grado menor le ponga parte de sí mismo, de humanidad por lo menos.

Toda construcción, por rudimentaria que sea, tiene su ritmo y armonía dentro del concierto humano. Cuanto nos rodea conserva algo de íntimo, asociado a nosotros, que se identifica y parece a nosotros mismos. Hay algo en su formación y ejecución, en su razón de ser y existir, un motivo fundamental de arte, de bondad, que está fraternizando con nosotros. La expresión, el dibujo perfilado de tal o cual objeto o manifestación tienen su parte de lirismo. Sepamos vivir entonces

al menos con arte de admiración y agradecimiento hacia lo que está existiendo para nosotros. "Para algo uno ha nacido", dice García Pradas. Exactamente, eso es lo que aspiramos de este hermoso ejemplar de hombre al que la naturaleza insufló sentimiento para que lo empleara siempre con el mejor provecho de su destino.

LA REBELION. DE LOS PINTORES

En rigor, todo artista es un rebelde en potencia. Acaso no lo hayan sido los copistas pero la pintura como profesión dejó la función de las reproducciones para crear por sí misma los motivos que la informan. En nuestro mundo, cualquier inadaptado a cánones artísticos, políticos o sociales, es un rebelde y tanto más cuando de arte se trata y máxime en nuestro tiempo en que todos los descontentos contribuimos a cerrar el ciclo histórico con el capítulo de lo arcaico. Cuando de todos los costados estamos recibiendo el bombardeo constante del progreso que avanza veloz sobre el tiempo y las ideas, no podemos dejar atrás al hombre como víctima de ese grato acontecer histórico. Cossío del Pomar denomina su libro "La rebelión de los pintores" (3) ensayo para una sociología del arte, considerando su estudio de necesidad "en estos momentos de cambios profundos en el orden social, cuando todo parece renovarse". En este libro, Cossío del Pomar profundiza "en las raíces históricas del ideal estético, fundándose en el ejemplo de los grandes artistas revolucionarios", que es el deber del artista para con su nación cultural". Para demostrar su tesis, el autor hace desfilar "algunas figuras revolucionarias del arte pictórico, aquellas que marcan, precediendo o siguiendo, los grandes cambios de la sociedad en que viven". Y nos revela las inquietudes de un David, un Goya, de Courbet, Daumier, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Alfaro Siqueiros, Cándido Portinari, Jorge Bellows,

(3) *La rebelión de los pintores* - Atenea - México.

Tomás Benton, Walt Disney, Pablo Picasso, Jorge Grosz y José Solana para mencionar solamente algunas figuras de renombre universal. En esta obra, Cossío del Pomar estudia el arte en sus aspectos social como producto colectivo y revolucionario en sus acepciones de originalidad y contenido de liberación.

Como documento sociológico, sin duda que se trata del ideario de Cossío del Pomar. Aquí expuso, con toda la elegancia literaria y justeza de crítico, su pensamiento estético, sus convicciones en torno a tema tan incitante que hacen este libro único en su género, aparecido en nuestra lengua. No se trata de una exposición simple de los avances artísticos registrados desde comienzos del siglo pasado, ni la evolución comparativa entre uno y otro períodos. Cossío del Pomar analiza con ojo de artista y de crítico, el medio y la época y asocia a ese ambiente la producción que corre paralela con el tiempo. Registra el proceso desde el punto de vista sociológico y lo vincula con lo social en pos de la gran revolución mundial que parte de la terminación de la primera guerra grande. Esa revolución consiste "en la transformación de los procedimientos de representación", y su contraste de confort, "de máquinas esclavizantes, que marcha hacia un fin determinado".

Obra maciza de ideas, de liberación, escrita con vehemencia y apasionamiento de artista, no sólo la pintura, sino hasta la música y la poesía se unen a esta caravana de gigantes por la concepción de una obra eterna que por muchas generaciones recibirá el calificativo de maestra. Desde ese ángulo revolucionario, Cossío del Pomar ha hecho cátedra de ideas, como de ello ofrece testimonio este libro, singularmente significativo.

CUZCO IMPERIAL

Tal denomina Cossío su libro de exposición costumbrista en sus aspectos, literario y pictórico, histórico y sociológico.

co para darnos un panorama del ambiente peruano en lo que ha quedado como recuerdo de lo que fue el imperio incaico. Partiendo de los orígenes, perdidos en la leyenda mitológica, recorre los siglos para llegar al Tawantinsuyo y de allí a los tiempos de Manco Capaj y Mama Ojlo, "la celestial pareja". Desde el mar azul y gris cuyas aguas sagradas se mecen a cuatro mil metros sobre el Pacífico, Cossío del Pomar se deja llevar en la balsa hacia la ruta misteriosa al encuentro de Atahuallpa, al Eldorado donde el tiempo se detiene y no hay mañana, ni mediodía, ni noche, porque todos son soles y estrellas y paisaje lunar donde el indio planta su pie.

Desde el Lago Titicaca, Cossío se incrusta en la prehistoria para hablarnos de los kipus, del inca y de su ministerio, de las momias, los sacrificios y del ayllú. Por "los caminos del inca" sigue hasta Ollantaitambo, la ciclópea fortaleza que se yergue majestuosa aún con sus miembros desmochados. Nos recuerda a Ollantay y sus amores para entrar en Machupijchu, la "ciudad fantástica, de cuya existencia nadie sabe ni ha oído hablar, salvo, quizás, los primeros conquistadores que, esta vez, con más suerte que en otras ocasiones, cumplieron a maravilla su papel de ocultadores. Tienen que borrar todo lo que sirva de impedimento y peligro para la implantación del nuevo régimen". Durante siglos "ha vivido oculta bajo el manto de la selva tropical que viene a morir a sus pies. Desde sus murallas se contempla el vasto océano de verdura de la región amazónica". Algún día, quizá, cuando la Amazonia "resurja habitada por razas y culturas y millones de seres que formaran naciones, cuando todas las razas dominantes del presente y todas las civilizaciones actuales hayan perecido", habrá llegado el momento del rescate, se habrá develado el secreto que la selva, celosa, esconde.

Y por la ruta del indio sigue al Cuzeo colonial para identificarnos con el hijo de Huaina Capac, el inca Manco II; con Tupac Amaru que, con su rebelión y muerte "cierra dignamen-

te la historia de los hijos del sol”, “cuyas cenizas fueron a fecundar las tierras andinas con el anhelo de la libertad”.

Frente al hechizo del Ande gris, del silencio fugitivo y de la palidez siliente de los peñascos, Cossío trae al panorama la tristeza india de verse atrapada entre los pliegues de la civilización blanca, que no entiende ni le interesa. Y también nos habla del amor simplemente como ha sido producto de sentimiento, de fusión y complemento de dos seres que la naturaleza creó para perpetuarse. Así lo ha querido en todas las especies, sin atavíos ni extravíos artificiosos, sino como integración y complemento individual, tan sin explicaciones metafísicas, que nace como el ejercicio de la libertad.

Nos habla del matrimonio cual lo entienden las razas aborígenes, el orden y modo de su vida ordinaria, de sus ritos y costumbres, de su belleza moral y física. “Tiene piel color hoja en otoño y grandes ojos negrísimo” y se parece a la flor de ñugechu de la región andina. Y dentro de ese paisaje, nos describe al mestizo, producto sociológico de fusión y confusión racial, el individuo plantado en la encrucijada e indeciso como “el hombre que está solo y espera”. Contra su voluntad “el indio vive oprimido, pero en armonía con las fuerzas telúricas donde actúa; el mestizo se desarrolla en un escenario invadido por advenedizos” que trastocan su sensibilidad y le bombardean constantemente. Vive entre dos fuegos que consumen sus energías, le combaten y abaten.

Por la historia del gamonal, elemento político característico del Perú, es un ejemplar inescrupuloso que aparece en el escenario andino como producto de la conquista. Con rasabios de colonialismo, es un “conservador de todos los residuos de injusticias, desde la llegada de los españoles hasta nuestros días”. Dominador, arbitrario, “explota la falta de voluntad personal del indio”, reducido a sumisión. Como contraste, nos presenta Cossío del Pomar el vendedor de huacos, producto de la alfarería de las diferentes etapas de la civilización peruana, o nos lleva por el mercado, tras de cuyos

más variados objetos o cosas de transacción encontramos las mujeres con sus vistosos atavíos en espera de compradores. Cara al mundo, pasa el tiempo por simple accidente en una sucesión de horas, pero se detiene en sus ojos, en sus sentidos, embobados por la melodía que los músicos saben arrancar del fondo de sus almas para hacerlas gemir en sus quenas.

Cossío del Pomar nos ha dado una fiesta en su obra pictórica e histórica. En la primera, se dejó embobar por la sinfonía de colores que presenta la vestimenta indígena, contagiosa en su amplitud de contrastes. Por su forma de vida plena en oposición a cómo la entendemos o concebimos las víctimas de la civilización burguesa. La lentitud de movimientos, la absorción de pensamientos y lo abstraído de su personalidad, entregada a la ejecución de un rito, un canto o un baile, o haciendo sonar su chirimía frente al arrobador panorama que tiene por escenario llanos y cordilleras, dicen mucho para quienes pululan embutidos en un cuartucho de cualquier ciudad moderna. La dócil tranquilidad del músico o del recato con que se ejecuta la devoción del día domingo en el pueblo, el alma aborígen se entrega plenamente y con todo fervor al cumplimiento del ministerio.

La forma de contracción espiritual del indio parece responder a un llamado de su ancestro, cuyo origen se pierde en la noche de la historia. Esta manera de entregarse al silencio y en su adentro a la meditación y a la contemplación, pareciera identificarle con las razas hindúes, tibetanas y hasta mismo chinas. No parece ser la religión la que les encuentra similitud de lejanía y horizonte contemplativo, los ritos de ascendiente pagano que ejecutan en América aborígenes de las más variadas procedencias y los sacrificios, nada tienen de común con los que se ejecutan en aquellas partes del globo. Más bien, en este último aspecto, existiría un parentesco con las antiguas costumbres grecorromanas.

Cossío del Pomar en el misterio de la interpretación estética de ese temperamento individual singular del indíge-

na sudamericano, se dejó llevar por el apasionamiento y temperamento artístico, en su doble condición de pintor y de escritor, es decir, creador en sus dos aspectos complementarios: el pictórico y el crítico de su propio arte. Una visita a esta exposición permanente de su obra que es "Cuzco Imperial", nos identifica con el paisaje maravilloso de colores y de dibujo en los veinticinco lienzos reproducidos a todo color la casi totalidad. Un mundo de ensoñación que distingue la obra de Cossío del Pomar entre sus contemporáneos. Un pedazo del Perú desgarrado de su misma entraña sensitiva, un trozo de América universalizado de arte.

EL ARTE PICTORICO DE COSSIO DEL POMAR

Toda la obra de Cossío responde al gran deseo de captar el alma del paisaje viviente y gimiente en el panorama universal del indio que le sirvió de tema en el período del último cuarto de siglo. Miembro honorario del Salón de los Artistas franceses e identificado con los modernos estilos, ha impreso a su obra el sello expresionista que la singulariza. Como resultado de sus exposiciones en las capitales más importantes europeas, parte de sus lienzos figuran en los museos de Arte Moderno de Madrid y New York, de la I. B. M. también de New York, en el Museo de Ica, en la Pinoteca Municipal de Lima, en el Museo de Harrisbudg de Filadelfia y en colecciones particulares de Lima, Caracas, Buenos Aires, México, Montevideo y Madrid.

Investigador analítico, el Diccionario de Artistas Modernos, aparecido en París lo registra como un artista comprensivo que "penetra teóricamente en el panorama plástico del arte moderno contemporáneo, sabiendo extraer de él la esencia que destilan corrientes y escuelas significativas por su sentido calificador. Sabe captar la síntesis de los objetos que dominan en la escena del mundo de ante guerra y post-guerra. Se adentra en sus múltiples secretos, en sus técnicas

disímiles y en su simbolismo o expresionismo real u objetivo". Sea cual se pretenda la ubicación estética de Cossío, lo evidente es que todo, él como pintor y crítico de arte, es un disconforme consigo mismo. Plasma lo que observa, humanizándolo, perfeccionándolo estéticamente, respondiendo al sentido que Elie Faure inspiró a su obra histórica. "No se asuste de su inteligencia. Lo que mata no es aprender; es la falta de no sentir lo que uno aprende. No hay héroe del arte que no sea al mismo tiempo héroe del conocimiento y héroe humano del corazón. El arte traduce las abstracciones que revelan la solidaridad de las cosas entre sí y de esas cosas con nosotros".

Quizás las palabras del reclusiano poeta historiador del arte, que fue Elie Faure, hayan contribuido a definir la vocación de Cossío del Pomar, sobre todo en razón de su carácter temperamental tan ricamente poético. Con mayor razón si admitimos su lugar de nacimiento, en plena cordillera cuyos pliegues bordaron las razas aborígenes retenidas étnicamente en el mundo quechua que iluminaron su infancia. Y ello explicaría entonces el porqué a su regreso de Europa se consagró a darnos una visión propia, interpretativa de los "Andes peruanos, del escenario donde vive una raza fuertemente ligada a la historia del continente americano" que diera origen a una civilización y que junto con la maya y azteca cubrieron un día el lago espiritual que parte del Cabo de Hornos hasta California.

Fundiendo la figura con el paisaje, este gran pintor nos proporciona una imagen tierna, de humilde bondad que tienen los ojos de los personajes. Es la última expresión que conmueve a las bestias de los cuentos. Interpreta su pintura el sentimiento místico de los habitantes del alto Perú. Registra la permanencia de entidades humanas desplazadas del medio ambiente civilizado. Refractarias muchas de ellas al contacto con las poblaciones del llano o de la ribera. o rehuído por éstos, viven los problemas interiores a la manera de

antes, de hace más de quinientos años, cuando el dolor era tal porque dolía y no era menester factura ni propaganda publicitaria para morir y para vivir el amor que nacía y florecía como el capullo de la rosa.

Las poblaciones que Cossío del Pomar resucitó y a las que dio hospedaje de eternidad en sus lienzos, conservan algunas de las costumbres heredadas del incanato, mezcladas con las originarias de la cultura dogmática y católica. De esta civilización importada que entró al continente de tierra firme con las gabarras de Pizarro. Desde allí a nuestros días triunfantes, lo que tenían de singular fue corrompiéndose a grado de mayor elevación y trasfundidas al alma popular con ingredientes depurativos.

Cossío del Pomar reconstruye en su parte anímica la vida que aparece moviéndose en los mercados indígenas, en las calles del poblado, en la sierra, el valle, que son lugares de desplazamiento del indio actual. Y lo hace transfundiéndolo unión ecuménica que emerge de la "Tristeza quechua", rostro monumental como el Ande mismo que le enmarca. En sentido opuesto, si bien con igual riqueza expresiva, está su "Gargayoc" y el "Pastor vestido de gala", cuya figura engrandece el paisaje. No en balde Cossío, "como pintor de retratos, alcanzó uno de los primeros puestos entre los artistas contemporáneos".

Su estilo de influencia modernista le imprime a su obra el movimiento y soltura tan suyos, respecto del cual presumo que la crítica contemporánea no se ha detenido suficientemente en su estudio. No importa que su pintura no tenga continuadores sobresalientes. El autor ha volcado el caudal de su emoción en esta obra. Siguiendo a los grandes maestros, ha cumplido con su promesa de hacerse presente ante los acontecimientos del siglo y contribuir con su saber al impulso del progreso estético que en las dos últimas generaciones

(*) *Cuzco Imperial* - texto bilingüe, castellano-inglés, con 20 reproducciones en cirocromía - Guaranía - Asunción.

particularmente nos enseñó a calar más hondo, a profundizar en el sentimiento artístico, enseñándonos a ver el mundo con una sensibilidad intensa y emotiva.

Como escritor y crítico de arte, presenta Cossío del Pomar una obra que le singulariza, por amplitud de conceptos, entre los historiadores contemporáneos del arte americano. Como sociólogo, ha logrado presentar los fundamentos de una interpretación artística al identificar la figura con su historia y su paisaje para que a través de la imagen material hablará el alma. Sus figuras son de humilde porte físico, pero se agigantan espiritualmente ensombreciendo cerros y cordilleras. Su obra como pintor y crítico de arte, ignora las batallas de Junín, Chacabuco y San Lorenzo, episodios cuya intrascendencia ya olvidó la historia. Cossío no es un continuador de errores. El tiene sus propias ideas sobre la estética y se rebela contra la intelectualidad cotizada. Para él, la batalla que ha de conducirnos a la victoria la estamos librando todos los días, desde que el sol nos alumbró. Como habitante de los Andes, su labor es monumental. Sus figuras pictóricas, a poco que nos detengamos ante ellas, observamos su grandeza. Gigante es su pensamiento al pretender abarcar el todo conocido en el mundo de las disciplinas humanas y de ahí que, también por una razón de vecindad cordillerana, su cultura se presente como producto integrante de tal medio ambiente. La obra total de Cossío trae un antecedente histórico de quinientos años, es decir un período cíclico completo. Sobre las ruinas de este pasado ya se vislumbra el curso evolutivo de una civilización nueva como observamos en el arte, literatura y arquitectura americanos.

EL HISTORIADOR Y CRÍTICO DE ARTE

Voluminosos tomos de más de doscientas páginas cada uno y formato mayor (5), Cossío del Pomar nos da el primer

(5) *Arte del Perú precolombino* - Fondo de Cultura Económica - México.

téstimonio completo de las manifestaciones artísticas de cada una de las culturas que integraron el antiguo imperio de los incas. No se trata de un inventario, sino de una concepción de hechos e ideas, diferenciadas la arqueología, etnografía y la historia, sin orden cronológico riguroso, pues lo que importa es la exposición como conjunto. Cuatro años en la cátedra de Historia del Arte del Perú en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima y el conocimiento directo de las localizaciones del arte peruano tanto en su territorio como en el extranjero, le han permitido la realización de esta obra, la primera que desde dos mil años antes de nuestra era cuando los maravillosos bordados de Parakas, llega a nosotros como una revelación. Cossío del Pomar, analizando los elementos legados por las culturas básicas de Tihuanaco y Chavín, perdidas ambas en la leyenda de lo prehistórico y lo que ha podido estudiarse de las culturas posteriores, nos presenta, en períodos evolutivos, los cambios, adaptaciones y nuevas formas artísticas bajo la égida de los incas hasta su desaparición bajo la civilización occidental.

Desde la cerámica Nasca, de técnica inigualada, hasta la antiquísima cultura Huaylas y a las sorprendentes realizaciones del arte Mochik, Cossío del Pomar deja sentada la presencia del arte americano, con un ascendiente de siete mil años, autónomo del hábito estético europeo. En el "espacio tiempo de Suramérica, el arte del Perú precolombino se desarrolla en un formidable escenario donde se entreveran las más variadas manifestaciones". El arte tiene un fin trascendental y difícilmente se le puede localizar en el tiempo ni medir en el espacio. Se encuentra en la profundidad de la materia o de la forma", y para descubrirlo Cossío nos conduce a través de ciudades, fortalezas y palacios, cementerios y nos muestra el ornamento y sentido decorativo con que los artistas primitivos investían los objetos. Sus costum-

(*) *Arte del Perú colonial* - Fondo de Cultura Económica - México

bres, formas de vida, la dinámica de la naturaleza que abarcan las distintas manifestaciones de que se sirve Cossío del Pomar, dicen cuán árdua ha sido la tarea de reunir los testimonios a través de museos americanos y europeos así como de los mismos lugares que fueron teatro de los acontecimientos.

En la segunda parte de esta obra ciclópea a la que Cossío del Pomar consagró veinte años de labor en búsquedas de documentos y estudios diversos, enfoca la "Historia del arte del Perú colonial". En este volumen trata en forma exhaustiva las manifestaciones artísticas de distinto orden y género plantadas en aquel área continental, y no sólo en cuanto concierne a la geografía peruana, sino a los pueblos aledaños adonde la cultura se extendió. Desde las partes chilenas y ecuatorianas hasta el gran centro arqueológico boliviano, Cossío del Pomar recorrió los lugares donde el ingenio y el brazo humano pusieron arte en las ejecuciones de lo que el tiempo respetó.

En estos estudios que integran la historia del arte peruano, Cossío del Pomar presenta los últimos tres siglos de actividad artística, clasificando los diversos estilos en las artes plásticas y mostrándonos cuanto, en el período colonial el poderoso empuje de sus habitantes realizó en obra y permanencia. De la calidad de esta obra en conjunto es la crítica la que tiene su palabra, pero evidencia un sentido sociológico de origen libertario en cuanto la profusión de ornamentación y la rapidez con que esa obra se extendió a través de los centros más alejados de aquel sector continental. El autor sustenta el desarrollo de ese arte en tres fuentes principales de origen de ese proceso, que radica en la "genérica, de esencia española, la de trasplante, de influencia europea y, por último, la autóctona que es la que contribuye a la polaridad del problema que plantea como tema este libro: Europa y América". Es una obra realizada con estricto rigor histórico, que además, no concierne sólo a las artes plás-

ticas propiamente dichas, sino también a la arquitectura civil y religiosa, a la escultura, la platería, las artes populares como la tapicería y otras de orden industrial.

En tanto que en el período precolombino Cossío del Pomar estudia los elementos artísticos que las extinguidas razas pobladoras de sudamérica crearon desde tiempos antiquísimos y presenta como una manifestación civilizadora de tan arraigadas culturas, en este libro, campea el espíritu de aventura de los conquistadores de fortuna que parten del pan de cada día hasta los confines de la libertad. América proporcionaba el derecho de ser "libres y vivir sin temor, libres del cerrado mundo político español y al margen de las imposiciones teológicas y las disciplinas espirituales".

Analizando el panorama social del colonialismo, Cossío del Pomar señala la necesidad que tiene todo hombre de satisfacer sus problemas espirituales y esa ansia de independencia los estimuló para alejarse de Europa empujados por egoísmos nacionalistas agudizados e intransigencias teológicas con olor apocalíptico. El suelo americano proporcionaba esa ausencia fructífera que embellecía con nuevas conquistas. Suelo ancho y sin fronteras, proporcionaba el anhelo de plasmar las inquietudes y hacerlo con celeridad, sin ataduras ni dobleces. El hombre trasplantado de Europa hacía más libre como producto sentimental y el contacto con la obra de otras razas le hizo estremecer. Si ciertamente, al comienzo fue menospreciada en los tiempos de la conquista, durante la colonia ya se reconoció cuánta profundidad de saber y de sentimiento campeaba en su robusta individualidad.

Cossío del Pomar señala los puntos de contacto encontrados entre el "artista español radicado en el Perú y el artista indígena a quien instruye en fórmulas, a quien enseña, sobre todo, a romper la regla en cuanto ésta es una valla, para a veces, entrar en una anárquica libertad creativa". De igual modo señala la taumaturgia de la forma imperante en

tonces en el medio europeo, frente a las modificaciones que los españoles introdujeron a los diversos estilos para crear uno propio "que marca su impetuosidad y énfasis, imponiendo" el gusto tan particular que como tal se distingue a partir de entonces, el arte americano dejará de someterse a la "religión cristiana y a la civilización peninsular" para adquirir esa individualidad característica emergente de las dos grandes culturas aborígenes que expone el arte autóctono peruano y mexicano.

Hay en toda la obra de Cossío del Pomar el aliento vivificante de una fuerza creadora. Hombre universal en pensamiento y sensibilidad estética, pareciera encontrarse en él las dos razas genéricas del hombre actual americano. Vigente en las inquietudes espirituales del mundo, ocupa un ambicionado lugar en el plano artístico continental. Poeta, además por su estilo pictórico, su forma y estilo literario, realizó una labor para contribución al entendimiento humano y mayor gloria del hombre.

CAMPIO CARPIO

Casilla 2698, Buenos Aires

